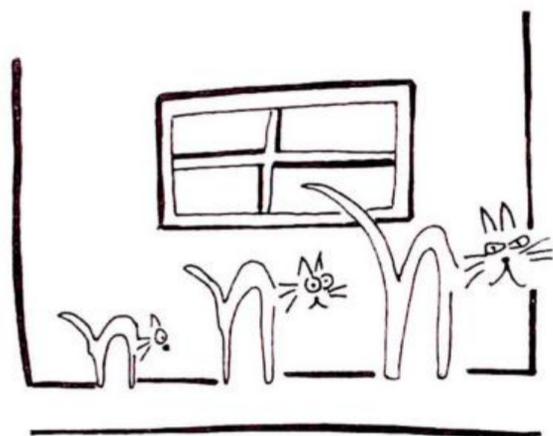


sal, y de su modulación inconfundiblemente caribeña.



No es de extrañar, entonces, que este primer ciclo se cierre en un diálogo directo con el Padre, donde el océano refluye sobre su vida interior y la fusión entre naturaleza y espíritu reconcilia los contrarios. Ya no hay más escisión. El hombre, barrido en su intimidad por esa agua redentora, confiere sentido a un cosmos mudo: “Metidos en ti por siempre / Somos tus ahogados”. La muerte engendra nueva, resplandeciente vida. De ahí el tono elegíaco que caracteriza a esta poesía, donde la existencia, en pos de un idioma aun “indiferenciado”, nos advierte “que es inútil llorar el bien perdido”, como lo dice el último verso del primero de sus memorables sonetos, no por melódicos menos acerados.

Para ganar un verso es necesario perderlo todo. Es imprescindible desaprender lo obtenido y despojarse hasta la desnudez última. Lo dice de modo inolvidable:

*Como vestir la muerte.
Y como de la nada desvestirse.
Y volver a arroparse con lo*
[inerte.
Es vivir muriendo decidirse.

Nunca lo aprenderás, pero
[ensayarlo
Es preciso, pues siempre así se
[vive
La propia muerte. En ella vas
[metido.

Y como la vida siempre se
[desvive
Del vivir. Es inútil intentarlo.

No hay nada que aprender. Has
[aprendido.

Qué buen tono y qué madura reflexión, donde la agonía se hace enamorada y trasciende su “espina dura” con el vislumbre consolador que sólo la más alta poesía otorga, en delicado consuelo:

Alguna vez pregunto entre la
[sombra
por el duro vivir. Nadie lo
[nombra.
Ninguno apecha los duelos de la
[pena.

Finalmente, en la tercera parte, esa vida, manojos de miradas ardientes; esa mirada, dotada ya de una claridad que enaltece todos los objetos, y sabe su razón de ser, trátase de una garrafa o de los minerales y plantas con que el herbolario fabrica sus recetas; o del convivio con el amigo, traspasando esa hoguera que no arde, y reconociendo que podrán quitarle todo, “menos tu ausencia / Para estar contigo”, cierran, de forma admirable, este periplo. De lo inerte a lo humano, todo se ha divinizado.



El mar de la nada es ahora la humanidad de este libro que nos conmueve y traspasa con su desvelada confianza en esa criatura a la vez tan dulce como aterrada. Tan próxima como entrañablemente distante. Esas traslaciones que la poesía establece al curar la herida por el efecto salutar de las cantáridas: insecto que es palabra —y palabra que canta.

O mediante ese rapto enamorado, que conlleva el perfume de la mejor mística española, aquella que también tiene aroma árabe: “Vamos los dos al Enviado / Sin aire hasta las flores”.

Todo ello hace de este libro, como de la obra íntegra de Gustavo Ibarra Merlano, un logro único dentro de la poesía colombiana. Leerlo es acceder a una dimensión que nos resulta imperiosamente necesaria. El reverso de lo que Arthur Rimbaud predicó en *Una temporada en el infierno*:

*Elle est retrouvée!
Quoi? L'éternité.
C'est la mer mêlée
Au soleil*

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

Deslumbrante conjunto

Amantes y Si mañana despierto

Jorge Gaitán Durán

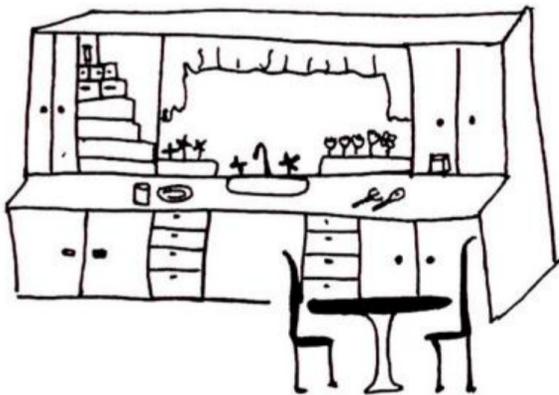
Universidad Externado de Colombia,
Bogotá, 2004, 69 págs.

La muerte de Jorge Gaitán Durán (1925-1962) en un accidente de avión ocurrido en la isla de Guadalupe, en el Caribe, produjo una honda conmoción no sólo en la vida intelectual colombiana sino en el espacio más vasto de las letras hispanoamericanas. De Luis Cernuda a Vicente Aleixandre, de Octavio Paz a Juan Liscano, una vasta red de amigos se había creado en torno a su figura.

El motivo principal sería, no hay duda, la revista *Mito* (1955-1962), que fundó con Hernando Valencia Goelkel y a la cual siempre estuvo unido, como director, o respaldándola económicamente. Fue una empresa coherente y renovadora en la cual participaron las figuras mayores de nuestra lengua desde los viejos maestros como Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, al cual se le dedicó un número especial, el 39 y 40, de enero-febrero de 1962.

Y en donde los nuevos nombres, de Julio Cortázar a Gabriel García Márquez ofrecieron primicias tan destacadas como *El coronel no tiene*

quién le escriba o el *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*, en el núm. 4, octubre-noviembre de 1955. Pero la figura de Gaitán Durán es más vasta y ambiciosa. Hay que verla como la del poeta autor de los siguientes volúmenes: *Insistencia en la tristeza* (1946), *Presencia del hombre* (1947), con un prólogo de Hernando Téllez sobre "Problemas de la nueva poesía", *Asombro* (París, 1951), *El libertino* (1954), *Amantes* (1958) y su más hermoso y logrado libro, *Si mañana despierto* (1961), donde los poemas conviven con un diario, reflexivo sobre la creación misma y su aventura personal.



Porque en realidad el joven nacido en Pamplona (Norte de Santander), hijo de una familia pudiente, y que había venido a Bogotá, en 1941, para seguir estudios de ingeniería en la Universidad Nacional, para pasar a derecho, en la Universidad Javeriana, el año siguiente, se había convertido en un auténtico intelectual, en el sentido francés de la palabra, bajo el influjo generalizado en aquel entonces de figuras como Jean-Paul Sartre, Albert Camus y Maurice Merleau-Ponty con quien sigue cursos en París.

Escribió así con solvencia sobre literatura, detectando carencias en figuras que admiraba, como en el caso de Jorge Zalamea: "El bello edificio no tiene habitantes" (pág. 119), o refiriéndose a la poesía de León de Greiff de esos años como "un caso de copia de sí mismo" (pág. 159), tal como lo confirma la recuperación de su obra crítica literaria y periodística titulada *Un solo incendio por la noche* (2004).

Hay en toda ella una preocupación americana (Neruda, Vallejo),

un interés por la plástica (Ignacio Gómez Jaramillo, Alejandro Obregón, Enrique Grau) o por el cine, que ejerció como crítico en *El Espectador* o al combatir la censura de películas como *Rojo y negro*. Pero su tarea como ensayista se concretó en realidad en dos trabajos: *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia* (1958), surgido a raíz de su participación política en el MRL, liderado por Alfonso López Michelsen.

Y en el ensayo introductorio y traducción de textos del Marqués de Sade, que, con el título de *El libertino y la revolución*, publicó en 1960 en Ediciones Mito. Sin olvidar, por cierto, *Los hampones* (1961), ópera en tres actos con música de Luis Antonio Escobar.

Viajero frecuente a Europa, llegó hasta Moscú y Pekín, de donde surge su serie "China", publicada en la revista *Eco*, en 1962. Tradujo, en 1957, la obra de teatro de Jean Genet *Las sirvientas*.

Llegó así a representar, en sus exigencias críticas, en su tesón creativo, y en lo trágico de su destino, una figura apasionante y suscitadora de nuestras letras, cuyos poemas, como lo atestiguan diversas antologías, ya forman parte del legado de nuestro idioma. Tal el caso de la *Poesía erótica castellana* (1974), de Jesús García Sánchez y Marcos Ricardo Barnatan, o *Canción de canciones* (1995), de María Asunción Mateo y Rafael Alberti, que así lo reconocen en España.

Ahora el Externado publica una selección accesible de sus dos libros que nos incita a su relectura.

Los primeros libros de poemas de Jorge Gaitán Durán resultan un tanto anodinos e impersonales. Las ilustraciones de su coterráneo, el que luego sería el gran escultor Eduardo Ramírez Villamizar, corresponden así mismo a una retórica de época: un San Sebastián yacente y flechado, calaveras con espigas de trigo y rosas. Por ello *Insistencia en la tristeza* y *Presencia del hombre* traen los inevitables ecos de aquellas figuras a quienes estaban dedicados: Eduardo Carranza y Pablo

Neruda, y asumían una enfática reiteración en tópicos como la muerte y el héroe a través de la figura de Prometeo. El ladrón del fuego. *El libertino*, por el contrario, es un poema orgánico, con argumento: El Rey de la Peste, en medio de rituales y descaecidas mitologías, se enfrenta al único misterio intransferible: la muerte propia. Parece el guion de una ceremonia con ecos quizás de Perse y del mundo que luego volvió suyo Álvaro Mutis. Pero es en *Amantes* donde la palabra de Gaitán se vuelve propia y se encuentra consigo mismo. Mira cómo se encarna en el poema la tensión del cuerpo y el acto de amor se funde con las palabras que buscan fijar ese instante irrepetible. El orgasmo se trueca así en un friso labrado con rabia y pasión:

Sólo en la palabra, luna inútil,
[miramos
Cómo nuestros cuerpos son
[cuando se abrazan,
Se penetran, escupen, sangran,
[rocas que se destrozan,
Estrellas enemigas, imperios
[que se afrentan.



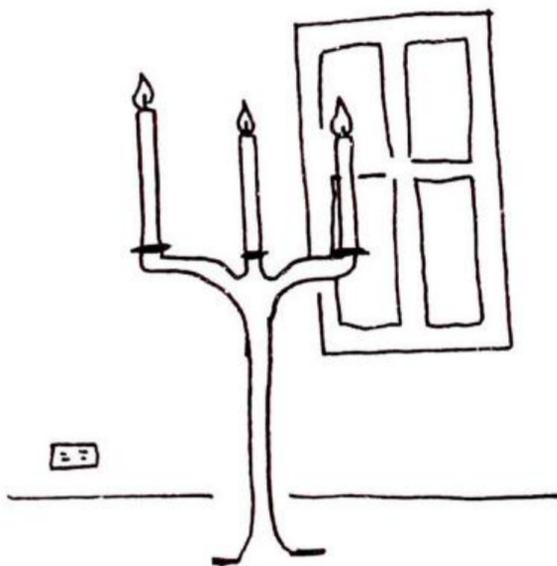
Gracias a ese dominio verbal, podrá lograr ese deslumbrante conjunto que es *Si mañana despierto*, donde a partir de los epígrafes de Quevedo y Novalis, Gaitán reconoce la podredumbre inexorable de la carne pero también el soplo divino que la trasciende al hacerla verdaderamente humana. La tórrida canícula de Cúcuta, el esplendor desnudo de los cuerpos, esa milagrosa conjunción de felicidad, bajo un sol mediterráneo, y su simple, obstinado ademán rebelde en contra de jerarquías y

prejuicios, sostienen la grávida levedad de un canto ceñido a su materia pero a la vez hondo de vida y gracia.

Sólo que en sus mejores momentos el libro se abre hacia una sugerencia misteriosa de palpitación armónica con todo lo circundante, que lo alza y lo sitúa en una más conturbadora dimensión:

*Pasó un ciervo blanco
Por el sigilo húmedo del bosque
Y en la sombra despertó tu
[desnudo,
La tierra fue de nuevo mi deseo.*

Ese saberse inmortal, en lucha contra los poderes terrenales, le confiere un sello distintivo y único: el de una poesía, que sin eludir la historia, Troya, Roma, y su propia historia personal, de adolescente en una capital de provincia, funde todo ello, incluido barroco español y romanticismo alemán, en un canto terso y deslumbrante. El diáfano canto de un joven maestro sorprendido por el milagro del mundo, que luego, en su *Diario*, trata de razonar, sea a través de Georges Bataille, la compleja y ambigua dualidad entre conciencia y sexualidad. Entre un lenguaje que diga al cuerpo y un idioma, lastrado de culpa y prejuicios, incapaz de recobrar el estallido solar del erotismo. Esto es lo que hace grande al libro y decisivo su aporte a la poesía latinoamericana del momento.



Desde la clerical, reprimida y maliciosa Colombia, tan lastrada por su machismo, Gaitán intenta un canto de libertad. Curiosamente, su fi-

gura poética es la del guerrero vencido por su propio ímpetu. La de quien arde en el fuego que suscita.

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

La lluvia es mi paisaje interior

**Las palabras
son puentes
que nos separan**

Samuel Vásquez

s. n., Medellín, 1999, 88 págs.

Puede leerse en la solapa del libro *Las palabras son puentes que nos separan* (Medellín, 1999) del pintor, dramaturgo y músico Samuel Vásquez, que el autor ha negado la publicación de sus textos por considerar que son palabras para oír y no para leer. Y aunque el libro tenga su advertencia a manera de escudo (“No esperes nada del libro / Es el libro quien espera de ti”), tal confesión nos dispone —al menos así ocurrió con quien escribe estas líneas— primero a recibir una poesía de corte experimental (pienso en esta máxima del poeta experimentalista Heissenbüttel: “La poesía comienza donde termina el sentido”); segundo, a pensar que quizá sus textos de alguna manera emitan la música o la sugieran (pienso en el poemario fonético, *Sprechgedichte* o “poemas para ser leídos en voz alta” del poeta Ernst Jandl, de quien escribió Felipe Boso: “leer a Jandl es muchas veces tarea inútil. Sus poemas hay que oírseles a él personalmente o a través de varios de los discos que lleva editados”); y tercero, lo que finalmente fue, que ese “oír” (el de Vásquez) se refiriera a la palabra interior, a la que rehúsa la voz de estrado y antes que hacerse leer prefiera hacerse pensar. De hecho, sus poemas son pensamientos en versos, que tienen que ver mucho con los argumentos específicos de

la filosofía del siglo XX, como son la valoración de la existencia individual, el sentimiento trágico de la inmortalidad humana, la intuición frente a la lógica, la experiencia humana como un diálogo entre el individuo y Dios, la afirmación de los propios valores, la responsabilidad ética de los actos y, lo que en nuestro caso es lo más relevante, la importancia de la literatura como fuente de expresión filosófica.



Conceptos que Samuel Vásquez dilucida con redefiniciones y observaciones; con reflexiones abordadas desde la mente del poeta, desde la percepción y la emoción. Aunque a veces parecieran estar sostenidas sobre un solitario ingenio (la sentencia breve y doctrinal) que, de lo recurrente, se torna molesto e insidioso, no tanto por las verdades que encierra y que en determinado momento nos pueden erizar, sino por estar anunciadas con acento de maestro sentencioso, con cierta entonación profética, como si las pronunciara el portador de la última palabra, que —¡tanto va el agua al cántaro!— termina de alguna manera siendo también un poco Dios. En efecto, cuando este arsenal de chispas es acertadamente explotado, surgen textos como *Raquel, un grito silencioso* (uno de los cuatro apartes del libro), que sin duda constituye un interesante logro en cuanto maneja con sumo equilibrio las dos valoraciones que a mi juicio son, más que imprescindibles, exigencias mínimas de rigor: la forma y el contenido. Samuel Vásquez consigue fusionarlas en este poema, con emoción e inteligencia parejas. Sus líneas tratan de las anotaciones encontradas en el cuadernillo de una secuestrada (antropóloga de la Universidad de Antioquia), siguen